



Mauro Pascual, 69 años.

María José Abad Villagra, 20 años.

Recuerdos de un hombre emprendedor

Enérgico, emprendedor, inquieto. Con estos tres adjetivos se podría describir a Mauro. Dice que desde muy pequeño le inculcaron el deseo de emigrar, de moverse hacia la búsqueda de nuevas posibilidades en la vida. Primero fueron otros los que eligieron por él, sus abuelos. Y luego Mauro decidiría irse fuera de su país, hubo un intento de irse a Australia, pero finalmente se fue a Alemania con su mujer y sus hijos. Es en este país donde ha pasado casi la mitad de su vida. ¿El porqué decidieron irse? Es una historia larga de contar.

Nació en 1938 en Olmedo (Valladolid). A los dos años el futuro de este niño no parecía halagüeño. Su padre acababa de morir de una extraña enfermedad. Luego supieron que era tuberculosis. Su madre cayó también enferma. Las dos familias decidieron reunirse para decidir qué hacer con Mauro y su hermana, tan sólo dos años mayor que él. La suerte y el cariño hicieron su aparición cuando su abuelo paterno se ofreció a cuidar de ellos y llegó con un carro de mulas dispuesto a llevárselos a su casa. Allí en un pueblo de Segovia vivió "con los mimos de un rey", como él mismo dice. En realidad, este abuelo era su abuelastro, pero esta situación no impidió que cuidara de él como hubiera hecho con cualquiera de sus hijos. La enfermedad de la madre de Mauro hizo que la leche materna no fuera suficiente para el bebé y había quedado flacucho para su edad. Sin embargo, gracias a la leche condensada, la leche de vaca y oveja se convirtió en el más fuerte y enérgico del pueblo. Pasó su niñez corriendo por el campo, hasta que tuvo que irse a Madrid. Las tierras que le había dejado su difunto padre no eran suficientes para poder vivir de la labranza. Así que su abuelo decidió que Mauro fuera a capital a aprender un oficio. Ahí comienza lo que él denomina su "segunda emigración".

Tras un examen de acceso, inició las clases en la Institución Sindical de Formación Virgen de la Paloma. Reconoce que tardó varios meses en acostumbrarse al modo de comportarse de los chicos de la gran ciudad. Se sentía raro, y miraba a los demás receloso. Los chicos sólo jugaban al fútbol, deporte del que Mauro jamás había oído hablar. Y es que únicamente había salido del pueblo, a acompañar a su abuelo, a las ferias de ganado de los alrededores. Pero en los siguientes cursos logró pasar como uno de tantos y jugar al fútbol sin problemas. Durante todo este tiempo su madre seguía muy enferma. Estuvo doce años de hospital en hospital. Mauro iba con su abuelo en el carro a verla en los diferentes sitios que estuvo: Valladolid, Cuellar, Medina del Campo. Durante estas visitas su madre permanecía en un corredor del segundo piso, y él la veía desde el jardín, era lo máximo que se podía acercar por el riesgo de contagio. Cuando sanó vino a servir a Madrid, y así Mauro y ella pudieron vivir en un mismo piso.

Después de cinco años, terminó el colegio, y con ello el aprendizaje de la profesión de electricista de coches. Apenas pasaron tres meses cuando ya tenía un contrato en motos Vespa, trabajo en el que continuó más de quince años. En ese tiempo Mauro se echó novia, y también hizo sus méritos en el mundo del deporte. Su espíritu luchador y vibrante le movía a utilizar esa energía que tenía en algo que le gustaba y así poder ganar algo más, pues el sueldo de motos Vespa no era muy elevado. Primero jugó en un equipo de fútbol, pero pronto lo dejó porque no todos se lo tomaban serio, y él



quería trabajar a conciencia para poder ganar un dinero con ello. Así que se buscó un gimnasio y empezó a boxear. Al cabo de unos meses se presentó a los campeonatos de Valencia, Palma de Mallorca y Madrid, en la categoría de amateur. Y tan sólo tres años después debutó como profesional. Pero, pronto surgieron los coqueteos con las chicas, y empezó a bajar su rendimiento, y a su novia (ahora su mujer) no le gustaba que fuera con los ojos morados. Además tampoco podía probar una gota de alcohol. Así que lo dejó, y al poco tiempo se casó, en diciembre de 1963.

Con el dinero que había ahorrado con el boxeo pudo dar una entrada para un piso, cerca de donde antes vivían. Al año tuvieron una niña, y en ese momento se planteó: "siempre trabajando con el mismo sueldo, quería algo mejor". Intentaron emigrar a Australia, pero la embajada les escribió una carta denegándoles la entrada en el país. Dos años después surgió una nueva oportunidad de cambiar de trabajo. Mauro vio un anuncio en el periódico de la casa AEG, pero cuando fue a la entrevista todas las plazas de España estaban ocupadas. Le preguntaron si le interesaba irse a Alemania. No fue el único que emprendió el viaje hacia una situación laboral más prometedora. En aquellos años alrededor de medio millón de españoles habían emigrado a ese país. De esta manera, Mauro empezó a aprender un poco el idioma, y a los quince días se fue. Y así en enero de 1971, comenzó su "tercera emigración". Él asegura que lo necesitaba, que es una inquietud que ha llevado siempre dentro. Como un deseo de no estarse quieto en el mismo lugar. Comenzó a vivir en una residencia con otros cuatro españoles, y los demás yugoslavos, griegos... Lo que más le impactó fue encontrarse al llegar todo nevado, muchísimo frío...

Al año su mujer se fue a vivir definitivamente a Karlsruhe en un piso que habían buscado. Ya tenían tres hijos y pronto nació el cuarto, y tuvieron que buscar un piso más grande. Pasaron diferentes penurias. Así lo cuenta Mauro que recuerda que los alemanes sino le entendían le daban la espalda y decían: "tú no entiendes extranjero". En Alemania vivieron durante treinta años, hasta hace tres años, trabajando mucho. El idioma fue un problema importante, muchos médicos se negaban a atenderles si no les entendían bien. Y para hacer cualquier papel necesitaban ayuda de otra persona que supiera bien el alemán. Pasaron muchos sacrificios, porque su intención, en un principio, era hacer un poco de dinero y volverse. Pero con el dinero que ahorraron lo utilizaron para comprar un local en Madrid, para poner una peluquería, un taller de automóviles... con la idea de dejárselo a sus hijos cuando fueran mayores.

En ese tiempo la familia de su mujer se trasladó a Sevilla. Por ese motivo todos los veranos volvían a España y veraneaban en Matalascañas, y todas las playas de Huelva. Se enamoraron de aquel sitio, y quisieron comprar un apartamento. Primero venían en un tren por la noche, el Expreso, y en cuanto pudieron se compraron un coche. Era un Opel de poca cilindrada (60 caballos), muy largo. Iban todos: la mayor de doce años, la siguiente de ocho, el otro de cuatro, y el pequeño tenía un año. En cuanto pasaban la aduana, y llegaban a la Junquera paraban en el primer bar a comer gambas y calamares. Porque en Alemania es habitual comer poco pescado, sólo salchichas y filetes de carne. Era la ilusión de comer lo diferente, y en España. Ese cariño por su tierra que nunca perdió y le ha hecho venir a España, en cuanto ha tenido la jubilación. Su mayor sueño es que sus hijos vengan también, aunque es difícil pues tienen su vida hecha en Alemania. Mauro ya tiene dos nietos, y pronto va ser abuelo de nuevo.



Prefiero España, comenta Mauro, ya que el clima es mejor, y hay más actividades para los mayores. Una operación de la cadera ha hecho que no pueda andar todo lo que quisiera. Ahora es el presidente de la comunidad de vecinos de su casa de Madrid. Pero dice que eso no es suficiente, nuevos retos circulan en su cabeza, quién sabe si no será el comienzo de una nueva inquietud o misión que cumplir.

Lo importante de la vida

La historia de cada vida se entretiene de experiencias, recuerdos, luchas con derrotas y victorias. La vida es algo que merece la pena conquistar. Y así nos lo demuestra Mauro Pascual, 68 años. Una existencia en la que nunca ha dejado de diseñar nuevas metas. Ha pasado la mitad de sus días en Karlsruhe, una ciudad al sureste de Alemania. Dice que desde muy pequeño le inculcaron la necesidad e inquietud de emigrar a otros lugares, y que quizá esto ha marcado desde siempre toda su vida. Cuando apenas tenía dos años, su padre murió y su madre estaba gravemente enferma. Se trasladó al pueblo donde vivía su abuelo, luego a Madrid a aprender una profesión, después de casarse con su mujer pensaron irse a Australia, y luego se fueron a Alemania, donde han vivido treinta años.

El deseo de emigrar ha sido para él, como un motor que empuja a no quedarse nunca quieto en el mismo lugar.

Otra de las variantes que ha influido en su vida fue el cariño de su abuelo, que le dio todos los mimos para que creciera sano y fuerte; y así suplir lo que no le habían podido dar sus padres. Ese afecto que le dio su abuelo, luego pudo transmitirlo a la gente de su alrededor. Es destacable la gran cantidad de amigos que tenía en los diferentes ambientes en los que se movió, y que en más de una ocasión le prestaron una inestimable ayuda.

Toda la vida de Mauro se compone de grandes ilusiones. Él mismo admite que cuando hay un porqué por el que vivir es más llevadero el cómo. Al principio en Alemania no lo pasó nada bien, el frío, el idioma, el trato desdeñoso de los alemanes hacia los inmigrantes... En aquel momento el porqué de su vida eran sus hijos: procuró que la casa en la que vivieran fuera digna, hizo todos sus esfuerzos para no les faltara de nada...

Si hay un momento en el que reflexionó cómo merece la pena vivir la vida, fue una vez que tuvo una grave úlcera de duodeno. Estuvo en el hospital con unas hemorragias muy fuertes, y después de la operación permaneció varios días semiinconsciente. "En esos tres días pensaba que estaba en el más allá, que me había ido. Era como un letargo del que no podía salir." Pero de esa salió, como de tantas otras. "En ese momento volví a pensar: ¡qué bonita es la vida!". Actualmente, ya de regreso a España, ocupa su tiempo con las actividades que le permite su prótesis en la rodilla y en la cadera, pero siempre con la mirada puesta en descubrir algo nuevo que ese día le tiene reservado para él.